

3. Luis René Fernández Tabío | Hassan Pérez Casabona *

Estados Unidos y la victoria de Donald Trump: algunas reflexiones iniciales

ABSTRACT

El artículo examina varias de las causas que condujeron a la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca. Desde una perspectiva crítica que toma en consideración disímiles aspectos (algunos ignorados por la gran prensa) se reflexiona sobre la significación para la clase política y la sociedad de valores específicos sobre los cuales el candidato republicano articuló su campaña. El foco del análisis es que su victoria no fue un acto de ilusionismo, sino que fue expresión de contradicciones en el sistema político y la sociedad en su conjunto, que se profundizaron durante la doble administración de Barack Obama.

* Luis René Fernández Tabío es Doctor en Economía. Profesor Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana (Cuba). lrfernan@cehseu.uh.cu. Hassan Pérez Casabona, Licenciado en Historia. Máster en Seguridad y Defensa Nacional. Profesor Auxiliar del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana. hasperezc@cehseu.uh.cu.

Palabras claves: Estados Unidos, sistema político, contradicciones, cambio.

The article examines several of the causes that led to the arrival of Donald Trump to the White House. From a critical perspective that takes into account dissimilar aspects (some ignored by the great press) is reflected on the significance for the political class and society of specific values on which the republican candidate articulated his campaign. The focus of the analysis is that his victory was not an act of illusionism, but was an expression of contradictions in the political system and society as a whole, which deepened during the double administration of Barack Obama.

Key words: United States, political system, contradictions, change

El 8 de noviembre de 2016 finalizó la contienda política más seguida en todo el orbe, por motivos de diversa índole, cuyo sensacionalismo y espectacularidad se extenderían hasta la toma de posesión del nuevo Presidente, el 20 de enero de 2017. Existe consenso también en que el proceso electoral fue el ejercicio más deslucido, negativo, y falta de contenido político real, que se recuerde en los Estados Unidos en las últimas décadas. Buena parte de esa opacidad estuvo relacionada con los candidatos enrolados en la etapa decisiva de la lid, concebida de principio a fin como espectáculo, exacerbaron aspectos fatuos, en relación con la trayectoria de cada rival, con

muy limitadas presentaciones de contenidos reales.

Como se sabe, de un lado, como representante del Partido Demócrata, Hillary Clinton, con antecedentes conocidos desde que como Primera Dama, acompañó la Presidencia de William Clinton en su doble gobierno en la década de 1990, y luego como Secretaria de Estado durante la primera Administración de Barack Obama. De otro, como exponente del Partido Republicano, Donald Trump, figura del mundo financiero y multimillonario que cimentó su fortuna básicamente en los negocios inmobiliarios y en interacciones con el sector de los grandes medios de comunicación.

El resultado echó por la borda las predicciones de la mayoría de los analistas, medios de prensa y encuestadoras. Desde ese punto de vista, representó una de las mayores sorpresas en el escenario político de ese país, revelando al mismo tiempo factores, contradicciones, y estados de ánimo que con frecuencia se minimizaron o ignoraron, y que en la práctica tuvieron un peso superior a lo que se vaticinó.

Graziella Pogolotti llamó la atención, con agudeza, sobre los desaciertos cometidos en esa línea. “Acomodados a las encuestas de opinión muchos especialistas en temas internacionales quedaron desconcertados ante el desenlace de las elecciones norteamericanas (...); el trasfondo de este fenómeno incluye otros factores. El extenso territorio central de los Estados Unidos, de base agraria, ha sido tradicionalmente un depósito de conservadurismo situado a contracorriente del rutilante cosmopolitismo

de Nueva York y de las principales ciudades californianas. Pueden encontrarse allí supervivencias de ideas retrógradas de origen remoto. El deterioro económico induce a un rencor confusamente dirigido con un establishment cuya verdadera naturaleza ignoran y reconocen tan solo en expresión simbólica más visible, el Capitolio (...); la paradoja dramática consiste en desconocer que el poderosísimo millonario triunfante constituye la encarnación concreta del sistema. Su aparente condición de *outsider* nace de una habilidosa maniobra de prestidigitación.”¹

Desde bien entrada la noche de los comicios, aunque las señales de preocupación sobrevinieron desde las primeras horas de la jornada, comenzaron a sucederse las preguntas, cual cascada de dudas, miedos e intentos de encontrar respuesta a un rompecabezas *sui generis*. ¿Cómo podría imponerse un hombre que denigró públicamente a las mujeres, humilló a las personas procedentes de otras latitudes y cuestionó a figuras con la categoría de héroe en ese país? ¿Ganaría en verdad quien desafió las bases establecidas a lo largo de 150 años, afirmando que aceptaría los resultados sólo si le eran favorables?

No fue un acto de magia su triunfo, sino la resolución mediante el voto de una serie de problemas que hace mucho tiempo subyacen en la sociedad norteamericana y cuya génesis se halla en sus propias raíces identitarias. Por si fuera poco, la agrupación republicana mantuvo la mayoría en ambas cámaras del

¹Graziella Pogolotti: “Cultura y política”, *Granma*, lunes 21 de noviembre de 2016, p. 3.

Congreso, creando un escenario casi ignorado por los expertos.

Las presentes notas no pretenden agotar el análisis de un proceso tan complejo, que requeriría un examen más amplio y profundo. Constituyen, más bien, reflexiones preliminares, que de ningún modo son exhaustivas ni formulan conclusiones.

La campaña presidencial

La contienda colocó sobre el tapete el desgaste de la clase dominante en general y las debilidades de la coalición demócrata encabezada por Obama, desalentada y frustrada por los reducidos y contradictorios resultados de su gestión. Hillary Clinton tuvo en contra problemas de imagen, credibilidad, y falta de firmeza en su discurso, además de verse envuelta en escándalos como el relacionado con el uso de los correos electrónicos.

A ello se sumó el ascenso de Bernie Sanders (autoproclamado socialista), figura con una postura más cercana a las bases demócratas insatisfechas, en cierto modo reformista y progresista, quien fue excluido de la nominación de su partido y la mayoría de sus simpatizantes se decantaron hacia la opción de la candidata de los verdes. El endoso político de Sanders, evidentemente, no logró favorecer a Clinton.

En síntesis, fue una elección de ruptura, definida por la propuesta del cambio a favor de Trump, en lugar de la continuidad representada por Clinton, si bien ambas posturas son complementarias con

independencia de quien ganara en las urnas. En los dos casos, eso sí, girando hacia la derecha y con enfoques sustancialmente más agresivos y conservadores que los observados durante la administración precedente. Debe recordarse que Obama, más allá de sus ancestros africanos, no representaba a ese grupo, sino a la clase gobernante del país, y pese a falsas percepciones, nunca fue, ni pretendió ser, un reflejo de figuras emblemáticas como Martin Luther King o Malcolm X.

Hay que reconocer, en el caso de Trump, el beneficio que representó a su candidatura ser un individuo externo o extraño a la clase política norteamericana tan desprestigiada por la parálisis y falta de resultados tangibles sobre todo en temas cruciales como la salud, el empleo, el costo de la enseñanza, entre otros muchos. Los Estados Unidos son una nación distinguida por la concentración de la riqueza y el poder económico y financiero; el estrechamiento de las capas medias y el aumento de la pobreza y calidad del empleo agudizaron las contradicciones propias del capitalismo en esta fase imperialista. Trump supo interpretar básicamente desde los valores identitarios de los hombres blancos, anglosajones y protestantes (los denominados *WASP*, por sus siglas en inglés) la frustración que se apoderó particularmente de ese sector en los últimos años y articular al mismo tiempo una propuesta funcional a dicha perspectiva, que demostró ser mucho más potente que lo pronosticado. Entre los pocos análisis que vaticinaron el triunfo de Trump, estuvo el de Michael Moore, que fue

catalogado entonces, por muchos, como demasiado pesimista.²

La tendencia política de Trump debe orientarse al conservadurismo y la reacción, pero con rasgos diferentes a los conservadores tradicionales. Se trata de un nacionalismo de derecha, en defensa del sueño americano –*America First* es su basamento- lo que también representa, al menos en el plano discursivo, una ruptura, en la medida de lo posible por enfrentar cambios estructurales y tecnológicos del sistema de economía mundial, con la tendencia al libre comercio y la globalización neoliberal.

Resulta importante trascender el análisis de la cuestión fáctica para entender los factores que determinaron el curso de los acontecimientos. Es decir, es necesario desentrañar el lugar que ocupa el proceso electoral dentro del sistema político de los Estados Unidos. Las elecciones son un momento singular, donde se ponen de manifiesto las tendencias latentes en los distintos niveles de la sociedad, y emergen las contradicciones esenciales dentro de las diferentes coaliciones cortejadas por los dos partidos dominantes de la clase política en el país: Republicanos y Demócratas. A lo que se suma la concepción de *reality show* a lo largo de todo el proceso, tendencia que se acentuó en el 2016.

Las elecciones no están concebidas para representar las aspiraciones de las grandes

mayorías. El sufragio indirecto es, en este caso, un mecanismo que hace posible que el llamado voto popular no determine la elección y en cambio pueda ser controlado por el colegio electoral, como sucedió en esta oportunidad.³ En realidad ese sistema tangencial de escoger al mandatario permite preservar el *status quo*, garantizando mantener el gobierno en manos de la clase dominante que rige los destinos de esa nación, específicamente la élite financiera que la encabeza.

Recuérdese que, dentro de la democracia liberal capitalista, las personas adquieren determinado relieve apenas durante el período electoral, reduciéndose la labor ciudadana a los comicios y no a la participación consciente y sistemática en el diseño y ejecución de acciones, encaminadas a satisfacer las demandas de las grandes mayorías. Las contradicciones políticas, económicas y sociales que se aprecian, en un país multiétnico, multirracial, multirreligioso, y profundamente dividido, no encuentran solución en ese sistema creado por los Padres Fundadores.

Según Paul Krugman, “resulta que hay un gran número de personas blancas, que viven principalmente en áreas rurales, que no comparten para nada nuestra idea de lo que es Estados Unidos. Para esas personas, se trata de una cuestión de sangre y tierra, del patriarcado tradicional y la jerarquía étnica. Y resulta que hubo muchas otras personas que podrían no compartir esos valores

²Ver: Michael Moore: “El próximo presidente de EEUU será Donald Trump”, en: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.WCOyd9UrPcc>.

³Sobre este aspecto, y sus implicaciones, véase Charles W. Kegley Jr., y Eugene R. Wittkopf, *American Foreign Policy*, St. Martin’s Press, New York, 1996, pp. 338-377.

antidemocráticos que, sin embargo, estaban dispuestas a votar por cualquiera que representara al Partido Republicano. No sé qué nos espera. ¿Los Estados Unidos ha fallado como Estado y sociedad? Todo parece posible. Creo que tendremos que levantarnos y tratar de encontrar la forma de continuar, pero esta ha sido una noche de revelaciones terribles y no considero que sea un exceso sentir tanto desconsuelo”.⁴

Dicho entramado no fue diseñado con ese propósito, sino para la defensa del capitalismo liberal. El denominado “credo norteamericano” se nutre de los sentimientos de superioridad estadounidense a escala global --el excepcionalísimo--, permeado además por una visión mesiánica dentro del imaginario colectivo, que entronca con la percepción que tienen de sí mismos desde la etapa primigenia de esa nación. Elementos iniciales de la identidad se definieron en términos de raza, etnia, cultura y sobre todo religión. El grupo fundacional de colonos era integrado mayoritariamente por blancos, anglosajones y protestantes. A ello se agregaba el referido “credo norteamericano, con sus principios de libertad, igualdad, derechos humanos, gobierno representativo y propiedad privada.”⁵

El soporte del mismo descansa sobre dos partidos fundamentales, si bien ello es cada vez más cuestionado. La contienda que recién concluyó se presentó como una

⁴Paul Krugman, “Nuestro país desconocido”, *The New York Times*. November 8, 2016, en: <http://www.nytimes.com/es/2016/11/08/nuestro-pais-desconocido/>

⁵Samuel P. Huntington: *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Paidós. México, 2004, pp. 62 – 65.

“elección crítica” --lo que implicó un realineamiento de esos conglomerados--, sin que ella decretara la defunción de ese sistema. Esta idea la refrenda también Ramón Sánchez-Parodi Montoto, al señalar que “la conclusión más importante (...) a pesar de la crisis del sistema electoral bipartidista, es que tanto el Partido Demócrata como el Republicano mantienen en el ámbito de los estados el control y el predominio sobre la maquinaria y el mecanismo electoral.”⁶

Algunos rasgos nuevos en la lucha política

Luego de las primarias, los caucus y las definición de los candidatos, se pusieron de manifiesto no solamente múltiples contradicciones para la selección de los aspirantes por los dos partidos, sino el rechazo bastante generalizado de los electores a la maquinaria política establecida y sus representantes. La fragmentación y condena al *establishment* político tuvo mayor gravedad al interior del Partido Republicano, pero también se manifestó en el Partido Demócrata, aunque de otro modo, y acabó siendo un aspecto decisivo en los resultados.

No debe soslayarse que el liderazgo republicano buscó infructuosamente por todos los medios la elección de algunas de las figuras preferidas por la élite. Desde el inicio, una vez despejados los aspirantes más débiles, un grupo de candidatos se alinearon con las tendencias más recalcitrantes,

⁶Ramón Sánchez-Parodi Montoto. “Elecciones en Estados Unidos. Una mirada a los números”, *Granma*, La Habana, viernes 11 de noviembre de 2016, p. 8.

representadas por Jeb Bush, Ted Cruz y Marco Rubio. Ellos no pudieron, pese al apoyo de la jerarquía partidista y sus propios activos, alcanzar la nominación.

El hombre considerado externo a las líneas tradicionales de esta agrupación y hasta rechazado por el alto mando republicano, Donald Trump, con posturas erráticas e “incorrectas” y ataques hacia importantes segmentos de votantes como las mujeres, hispanos o latinos, finalmente consiguió, contra toda lógica y pronóstico, la designación para contender por la Casa Blanca.

En verdad, otro mito cimentado a lo largo de la campaña, fue catalogar a Trump como *outsider*, cuando en realidad ello supone una interpretación simplista y estrecha de esa denominación. Su trayectoria sólo puede explicarse a partir de sus conexiones dentro de ese tipo de sociedad. Así como Clinton es un ejemplo cabal del *establishment* político, Trump lo es en lo económico y en muchos otros planos. Un multimillonario es componente de la clase dominante estadounidense, aunque no haya ejercido funciones en el gobierno. Ello no es ajeno al sistema, como lo demuestra la práctica de la llamada puerta giratoria, mediante la cual los representantes del capital financiero e industrial, se alternan en responsabilidades dentro del ejecutivo y el sector privado. Únicamente trastocando los hechos, e invirtiendo el análisis, se puede siquiera sugerir que el magante está al margen de la armazón que rige ese país.

En un mundo de estereotipos y simplificaciones, con matrices de opinión

sembradas en las personas mediante procedimientos muy sutiles, se consiguió dibujar un perfil de ese candidato para alejarlo de todo lo oscuro asociado a la institucionalidad política, y abrir el acceso a la Presidencia a un miembro de la oligarquía financiera.

Ahora bien, cabría formular las siguientes interrogantes: ¿con cuáles bases electorales “conectó” el controvertido empresario? ¿Por qué sus mensajes encontraron resonancia entre millones de personas? ¿Qué explica el hecho de que incluso algunas mujeres, latinos e inmigrantes votaran por él pese a su discurso beligerante hacia esos sectores? ¿Qué valores encarna Trump, desde el ángulo de la representación en el imaginario de buena parte de los ciudadanos estadounidenses?

Sus posiciones están identificadas, esencialmente, con un sector poblacional entre los más afectados por la última gran crisis financiera y económica 2007-2009, tanto en el acceso al empleo, como en su calidad. Se trata de hombres blancos por encima de 50 años y hasta de 60, sin titulación universitaria, con creencias religiosas y resentidos por ser desplazados por inmigrantes ilegales, y ante el traslado de industrias productivas fuera del país, fenómeno reflejado con mucha fuerza en los llamados estados del cinturón del óxido (*rustbelt*), región industrial por excelencia hasta el inicio de su declive durante la década de 1960.

Ellos no fueron, sin embargo, la única fuente del apoyo a Trump. Contrario a la tendencia previsible por sus declaraciones, y las

interpretaciones más esquemáticas de algunos analistas, importantes grupos de mujeres y latinos se adscribieron a su propuesta por diversas razones. Fue un error suponer que, de golpe y porrazo, cada fémina castigaría con el voto al contendiente que las ofendió, para respaldar sin tapujos a la figura demócrata, mujer por demás, pero cuya imagen fue muy dañada durante la contienda.

Esa analogía entre los criterios anti feministas de Trump y la condena de las damas, impidió apreciar que es un fenómeno social y cultural complejo. Como se demostró, en la sociedad estadounidense actual existe entre grupos nada despreciables cierta tolerancia a que los hombres se expresen de esa manera, sin que reciban rechazo alguno por afirmaciones públicas en que se relega y menosprecia a las mujeres. Esta posición –que tiene su raíz en la naturaleza patriarcal de la sociedad occidental- prevalece no sólo entre grupos de zonas periféricas, sino incluso entre profesionales de diversas ramas. Ese propio día de las elecciones se publicó un artículo en *The New York Times* que refleja esa percepción, en una parte de las féminas. “Soy una mujer blanca, con estudios universitarios y más cercana en edad a Hillary que a Chelsea Clinton. Soy madre, una chica católica de Jersey, que creció en un hogar amigo de los sindicatos. Y voté por Donald Trump. Mi madre de 89 años está horrorizada, al igual que muchas de mis amigas, que también son blancas y con estudios universitarios. No me importa, para mí fue una decisión sencilla. Me ha tocado explicarle a mi hija adolescente cómo es que los hombres --Donald Trump o el equipo

masculino de fútbol de Harvard-- dicen cosas espantosas de las mujeres en los vestidores o los autobuses de las celebridades. Eso ya es bastante malo. Pero también tuve que explicarle que Hillary llevará de vuelta a Bill Clinton a la Casa Blanca. Todo el mundo debería estar consciente de que el expresidente, quien fue sometido a un proceso de destitución, mintió acerca de por lo menos un abuso sexual y usó a otra mujer, una pasante, como juguete sexual en la Oficina Oval. (...) Ella es bien conocida por rodearse de gente que le ayuda a ocultar sus mentiras y mal juicio: Benghazi, los correos electrónicos ultrasecretos, el servidor privado, la Fundación Clinton. Él asumiría la presidencia menos agobiado por las lealtades partidistas, con la posibilidad de elegir a miembros del gabinete y asesores sin ataduras de pensamiento. ¿Será él un buen presidente? Todavía no estoy segura. ¿Y ella? Es más probable que no”.⁷

Algo similar sucedió con la temática de los inmigrantes. Las divulgaciones de prensa indujeron a pensar, dentro del gran público, que todas las personas con esa condición repudiarían las expresiones de Trump, de fortalecer lo concerniente al muro en la frontera con México, e incrementar la cantidad de deportados a sus países de origen. Ello provocó pasar por alto que una parte de los latinos asimilados a los Estados Unidos, percibe las afirmaciones de Trump como certeras, pues suponen les garantizan preservar su estatus, el cual se vería

⁷Maureen Sullivan: “Porquévotépor Trump”, *The New York Times*, Noviembre 8, 2016. en: <http://www.nytimes.com/es/2016/11/08/por-que-vote-por-trump/>

lastimado ante nuevas oleadas de su misma procedencia.

Es decir, muchos inmigrantes que arribaron en el pasado, responsabilizan a los que han llegado recientemente, entre ellos los considerados ilegales, con los problemas en el empleo, seguridad y en otros aspectos de la vida cotidiana. Desde esa óptica convergen con los razonamientos del sector más retrógrado de los hombres blancos arriba mencionado y también trabajadores, sean estos latinos o afroamericanos. Recuérdese que en los Estados Unidos los índices de desempleo de los hispanos y negros es muy superior al de los considerados blancos; para las mujeres y los jóvenes es aún peor. Datos oficiales del desempleo, promedio nacional para el año 2015 muestran el siguiente cuadro. Blancos 4.6%; afroamericanos 9.6%; hispanos o latinos 6.6% y mujeres 7.4%.⁸ Los grupos más afectados por una variable clave en las elecciones, la situación económica y en particular el empleo, tema privilegiado por Trump fueron precisamente los afroamericanos, los latinos y las mujeres.

La construcción de una imagen como carta de triunfo

El perfil de Trump, su representación pública por un individuo con dominio escénico, ejerció notable efecto sobre importantes conglomerados de la sociedad. Hombre que edificó una fortuna en el sector inmobiliario

⁸ Executive Office of the President: *Economic Report of the President. The Annual Report of the Council of Economic Advisers.* G.P.O., Washington D.C., February 22, 2016, p. 413.

y el poder mediático, que dice lo que le viene en ganas, sin temor a las consecuencias derivadas de esos actos, y que cuestiona lo mismo las regulaciones electorales, la cúpula de su partido que los medios de prensa. Todo ello acompañado de una bella esposa ex modelo, 25 años más joven, a lo que incorpora la defensa de portar armas, como valor prácticamente inamovible de esa nación. Una especie de *cowboy* moderno, o personificación contemporánea del espíritu de superioridad, apuntalado por Hollywood a través de símbolos como John Wayne, o Paul Newman, que viene ahora a salvar de nuevo a los Estados Unidos.

En otro sentido, la alternativa demócrata se levantó sobre una mujer que, si bien acumuló una de las trayectorias políticas previas más sólidas de cualquier época, en verdad se presentó con un mensaje insulso, incapaz de movilizar a los votantes, particularmente a los jóvenes. Clinton nunca convenció -era un secreto a voces esa debilidad que reconocían sus partidarios- y no pudo trascender más allá de lo “políticamente correcto”, justo cuando ese concepto, que en el pasado era la principal carta hacia la victoria, está hoy en lo más bajo de la mente de las personas. Ni siquiera aprovechó en toda su magnitud lo que implicaba su candidatura, como primera mujer en pos de la Casa Blanca, pues se dedicó a transitar por caminos trillados, incluyendo contradecir o retractarse de opiniones dadas en el pasado. Esas posiciones “camaleónicas” afianzaron el criterio de que no decía la verdad, sino que se acomodaba a un interés particular. Hizo además concesiones en otros asuntos, mostrando un programa “descafeinado”, que

no impactó suficientemente entre algunos de aquellos sectores y estados dubitativos, o pendulares; el meollo de la evolución conclusiva de estas contiendas.

Clinton personificó la continuidad y los males de un sistema carcomido por la incongruencia entre el discurso y la acción práctica. Cargó a la vez con las desventuras y frustraciones heredadas de la presidencia de Obama sobre una parte de los electores demócratas. Trump, al contrario, se convirtió en el aspirante del cambio, que desafió, retó y lució con la soltura que exigen estos torneos electorales. Asimismo, el multimillonario neoyorquino y su equipo supieron enhebrar una campaña –sazonada con su irreverencia oratoria– en la que concentraron esfuerzos en los espacios que identificaron como claves, y no se dejaron desmovilizar ante la apabullante consideración de los medios de que su rival marchaba delante en la lid.

Fue un tanto a su favor el uso de las redes sociales, --instrumento empleado con éxito durante la primera victoria de Obama-- ámbito que inobjetablemente confirma su valía en el plano político, ideológico y cultural. Basta recordar la función desempeñada por el ciberespacio y la blogosfera, lo mismo en las llamadas Revoluciones de Colores, que en el resultado electoral más reciente en Argentina. Al parecer no todos los actores políticos, como se sugiere ocurrió con Clinton, tienen claro esto en su real dimensión, ni demuestran ser exitosos en su empleo.

Al final los antecedentes históricos podrían haber servido para predecir lo ocurrido, pues los demócratas no habían hilvanado tres

gobiernos al hilo en una oportunidad en las últimas siete décadas. La última vez con esa prolongación en la Presidencia aconteció con la combinación de Franklin Delano Roosevelt y Harry Truman, entre 1933 y 1953. Los republicanos si lo hicieron entre 1980 y 1992, con la doble administración de Ronald Reagan primero, y luego con George H. Bush, quien fue vicepresidente del ex actor en sus ocho años de gobierno. No debe olvidarse la coincidencia con un momento de mutación fundamental en la política, la economía y la sociedad estadounidense conocido como la contrarrevolución conservadora, desatada desde principios de la década de 1980.

Ahora los demócratas prescindieron de emplear al vicepresidente de Obama, Joe Biden en aras de apostarle todo a Clinton. Al parecer ese partido quiso trascender como la formación que llevó a la Presidencia por vez primera a un afrodescendiente y una mujer. No pudieron consumir esto último y por el contrario abrieron el camino a la Casa Blanca al presidente electo más longevo de su historia, superando el récord anterior establecido por Reagan, al iniciar su primer mandato.

La campaña del actual presidente Donald Trump, se articuló entre otros temas en torno a la idea de exaltar el carácter excepcional de los Estados Unidos. El basamento ideológico de esa tesis nacionalista, como hemos apuntado, apareció casi desde la génesis de la conformación de dicho país. Desde ese ángulo, lanzó como idea central “hacer grande otra vez a América” (*Make Great America Again*), filosofía que entronca con la idea, que ha sido retomada por diferentes figuras, de “América

Primero” (*America First*). Estos planteamientos sintetizan su visión, y la de sus seguidores, no sólo en asuntos domésticos, sino en lo concerniente al papel y proyección de dicho país en el concierto internacional. Ellos recrean el carácter excepcional, que supuestamente les corresponde desempeñar a nivel global, presentados mediante un “ropaje” que sintonizó con los sectores que defienden a ultranza dichas posiciones y atrajo a otros con posturas menos rígidas.

En una de sus primeras entrevistas, afirmó: “No me interesa nada que no tenga que ver con mi país”. Asimismo busca hacer retornar con “incentivos” a grandes empresas como Apple para que produzca dentro del territorio estadounidense, en lugar de hacerlo en China o Vietnam, lo que de llevarse a la práctica marcaría un proceso de inflexión en la globalización neoliberal, que se ha desplegado por más de tres décadas.⁹

Esas expresiones toman como resortes, lo mismo el descontento interno por la lenta recuperación de la gran crisis financiera y económica de 2008 --con sus secuelas en múltiples ámbitos-- que la necesidad de ofrecer al menos algún resultado, para eliminar peligros terroristas a la seguridad representados por el Estado Islámico. No se trató de ensoñaciones de su equipo de trabajo, sino de adoptar problemáticas reales como pretextos para el despegue de esas concepciones.

Esto es algo que vale la pena destacar. Trump habló de una manera nada tradicional sobre numerosas cuestiones, exageró, manipuló y azuzó el racismo, el rechazo a los inmigrantes y otros asuntos escondidos en el discurso sobre lo “políticamente correcto”, que se asumía por algunos medios y analistas como problemas que habían sido resueltos en la sociedad estadounidense. Puede decirse que no inventó nada, sino que en realidad se cebó con ese estilo poco ortodoxo, en las insatisfacciones de sectores de la población blanca resentida, la cual considera retrocedió en las últimas décadas, de forma integral, en creencias en las cuales fueron educados.

Fue un raro enfoque ecléctico que surtió efecto movilizador entre ese grupo de votantes. De un lado, quien colocó el dedo sobre la herida --prometiéndole cicatrizarla y restañar el tejido--, y del otro, una candidata que, además de ser identificada con los males del sistema, no brindó una imagen convincente. Aunque parezca superfluo, en los Estados Unidos, y dentro de la sociedad capitalista en general, lo más importante en las batallas electorales no es la experiencia o trayectoria previas, sino la imagen que se ofrece y si ella se corresponde no tanto con valores, sino con sentimientos y emociones. Al igual que se adquiere en un supermercado un producto a partir de lo que visualmente este sugiera (bajo la influencia de los comerciales televisivos y la propaganda que genere) el candidato necesita “vender un paquete”, por el que los ciudadanos pagarán el día de las elecciones. Visto así, Trump fue más eficaz en fijar sobre el electorado la idea de que era la opción más conveniente para la

⁹*The New York Times*: “Entrevista a Donald Trump”, November 23, 2016. <http://www.nytimes.com/2016/11/23/us/politics/trump-new-york-times-interview-transcript.htm/>

economía y seguridad del país, en un momento como este.

La victoria de Trump ha generado diferentes mitos, y algunos ya han sido comentados. Convendría ahora prestar atención al supuesto de que su triunfo --combinado con la mayoría republicana en ambas cámaras del Congreso--, hará que gobierne en un camino expedito, sin fricciones con el poder legislativo.

Lo primero a mencionar es que esa correlación a favor de un partido en las estructuras de poder institucional estadounidense no sucedía hace casi seis decenios, desde finales de la Administración Eisenhower. En aquella ocasión prevaleció un panorama signado por el crecimiento económico y la unidad interna, después de la Segunda Guerra Mundial y el fin de la contienda de Corea. Fue una etapa de apogeo que nada tiene que ver con el profundo cisma por el que atraviesa hoy esa sociedad. Las turbulencias del presente son tales, que sería erróneo reproducir mecánicamente, de manera lineal, ese referente histórico. A todas luces nos encontramos en una situación distinta, los Estados Unidos atraviesan por una difícil y contradictoria realidad interna y grandes retos a su liderazgo como potencia mundial.

Este hecho revela que muchas de esas figuras no se alinearán acríticamente ante su gestión sino que, por el contrario, utilizarán sus prerrogativas legislativas para intentar encarrilar la labor de alguien con consideraciones políticas que no convergen en muchos casos con la concepción de ese liderazgo. Una cosa es la concertación partidaria y otra, mucho más compleja, es la

identificación doctrinal, máxime cuando los métodos de trabajo de un hombre como Trump parecen al menos en principio distanciarse de los procedimientos de los políticos convencionales y algunas de sus líneas de pensamiento se apartan de consensos establecidos en el campo de la economía y la política..

¿De qué otra manera podría interpretarse, sino como una jugada de contención, el hecho de que Paul Ryan fuera propuesto de manera unánime entre los congresistas republicanos para proseguir como jefe de la Cámara de Representantes --tercer cargo en importancia en el país, luego del presidente y vicepresidente-- cuando fue uno de los mayores opositores a Trump? ¿Quiere ello decir que se desatará una pugna perenne entre las dos ramas de poder, boicoteando desde el legislativo cada propuesta del presidente, como ocurrió en muchos casos durante la era Obama? Lo tendencial. y a lo que ha llamado el propio Presidente electo, es a “unir el país”, zanjar de algún modo las divisiones internas y encontrar mecanismos de cooperación dentro de la clase política en general y entre los dos poderes. Sin embargo, esa apelación no excluye, instantes de conflicto, incluso traumáticos, a la hora de ventilar la concepción en temas centrales, el empleo de distintos instrumentos de política, o la ejecución de determinados programas. El espíritu de esa relación estará determinado, en buena medida, por la pauta y el tono que establezca el Ejecutivo, y los principales consejeros del Presidente en la comunicación con senadores y representantes, así como el propio carácter y estilo de liderazgo de Trump.

Históricamente, el poder del Congreso ha reclamado una dosis de protagonismo, dentro de los marcos que fija la Constitución y el ejercicio de sus funciones establecidas, aunque en el campo de la política exterior el Presidente tiene enormes prerrogativas, aún en la llamada post guerra fría. Las fricciones entre el Presidente y el Congreso podrían intensificarse, si el nuevo Ejecutivo pretendiera dirigir los destinos del país apartándose de consensos establecidos. Este escenario daría continuidad a la división expresada con particular fuerza en el periodo transcurrido del siglo XXI.

Es previsible, en esa línea, que el poder legislativo no pierda espacios para remarcar que sus integrantes deberían ser tomados en cuenta. Si esa es la postura, probablemente avancen. De lo contrario --las discrepancias pueden desatarse por los asuntos más inverosímiles--, se estaría en presencia de un sistema que remarcaría su disfuncionalidad. Otro escenario hipotético, no descartable, es la conciliación de enfoques políticos y acomodo recíproco hasta lograr un nuevo consenso Ejecutivo-Congreso, con una mayor dosis de pragmatismo y realismo de orientación conservadora.

Los acuerdos comerciales y otros temas de política exterior

Entre los aspectos significativos dentro de los mensajes políticos de Trump aparece la crítica a los acuerdos de libre comercio, entre ellos la Alianza Transpacífica (TPP), la propuesta de tratado sobre comercio e inversiones con la Unión Europea, e incluso

el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que podría ser sometido a renegociación. En este sentido, durante el primer mes de su mandato adelantó acciones en esas direcciones. Por otro lado se distancia de las posiciones del gobierno de Obama y la candidata demócrata en torno a Rusia, Siria e Irán. Trump se manifestó como defensor de la Segunda Enmienda y contra los inmigrantes ilegales, llegando incluso a proponer la construcción de un muro, el cual pretende sería financiado por el propio gobierno mexicano.¹⁰

Hay que destacar, en el caso de Rusia, que en su primera conversación telefónica con Putin ambos abogaron por la necesidad de unir esfuerzos en la lucha contra el terrorismo, lo que supone un mayor nivel de concertación y efectividad en el enfrentamiento al Estado Islámico. La estrategia de campaña seguida por Clinton implicó en todo momento arremeter contra Putin --al que responsabilizó por cada cosa negativa, incluyendo el escándalo por el uso de un servidor privado para correos oficiales--, mientras que Trump hizo lo contrario, llegando a reconocer la eficiencia rusa en varias esferas.

Con respecto a Cuba, en una etapa inicial se mostró favorable a dar continuidad a las acciones emprendidas por el presidente Obama desde el 17 de diciembre de 2014. Sin embargo, con posterioridad cambió este

¹⁰Entre los muchos estudios recientes que profundizan sobre estos asuntos, se encuentra el publicado el 2 de noviembre por Brian Klaas, titulado: "Another Bipartisan Tenet of U.S. Foreign Policy Bites the Dust", en: <http://foreignpolicy.com/2016/11/02/another-bipartisan-tenet-of-u-s-foreign-policy-bites-the-dust-trump-clinton-election/>

criterio, al reunirse en Miami con representantes de la Brigada 2506 que participaron en la invasión por Playa Girón o Bahía de Cochinos, evidenciado así una tónica de toda su campaña: la variabilidad de posiciones sobre disímiles aspectos. El propósito de ese viraje aparentemente fue lograr ganar los votos electorales de Florida. Ello finalmente sucedió, sin que fuera definitorio en la victoria el tema cubano.

Más allá de los resultados electorales, y de todo lo que genera el triunfo de Trump, la continuidad debe ser la tendencia dominante en el período 2017–2020, a partir de que el sistema político estadounidense mantendrá su crisis y las dificultades para proyectar un consenso político en temas cruciales. Sin embargo, esta tendencia debe ser matizada y relativizada, porque no hay dudas sobre el componente de cambio del que es portador de modo recurrente la Administración Trump. El tema del rechazo y las críticas a los tratados de libre comercio, a la globalización neoliberal, constituyen una importante ruptura con el llamado Consenso de Washington y la corriente neoliberal, que ha prevalecido desde la década de 1980. No se debe identificar este cambio como un retroceso absoluto, pero sí podría observarse un ajuste en correspondencia con ciertos rasgos de aislacionismo, consistentes con el cierre de fronteras, el propósito de incrementar las deportaciones, aspectos tan novedosos. Aunque sea difícil predecir los vectores resultantes en la proyección externa norteamericana en estas políticas, no pueden desconocerse, como tampoco que los pequeños ajustes en la política de los Estados Unidos, por su enorme tamaño y poder,

pueden tener grandes efectos sobre el resto del mundo en las más diversas dimensiones.

Esta situación se podría agravar si se desatara una gran crisis financiera y económica en el 2017 semejante a la ocurrida en 2008. Desafíos pendientes de solución en el Medio Oriente, Europa – Rusia y el conflicto en Siria están entre los más graves. Quizás, el Hemisferio Occidental muestra dentro de ese panorama global el escenario más favorable para los Estados Unidos, dado el viraje a la derecha en los gobiernos de Argentina luego de las elecciones, y en Brasil después del golpe a la ex Presidenta Dilma Rousseff, de gran peso en el balance regional de fuerzas, pero no debe considerarse en modo alguno como definitivo, los movimientos y partidos de la izquierda no han desaparecido y la historia no ha concluido, incluso en aquellos escenarios en que se han presentado derrotas parciales.

El restablecimiento de relaciones con Cuba, aunque se trata de un proceso no exento de conflictos, debería permitir un lento y difícil avance en la eliminación de algunos de los obstáculos para el mejoramiento de los vínculos con la Isla, e indirectamente mejorar el clima de relaciones interamericanas en el escenario más favorable, si bien no es lo más probable que se elimine totalmente el bloqueo económico, comercial y financiero impuesto, oficialmente desde febrero del 1962, bajo la administración Kennedy. Podría incluso incrementarse las medidas de guerra económica y algunas otras tensiones, sobre todo si prevalecen figuras hostiles a las líneas políticas trazadas por el gobierno de Obama para Cuba.

Con independencia de todo lo que falta, los dos años transcurridos desde el 17 de diciembre de 2014 evidencian la cantidad de asuntos en los que se puede avanzar, con beneficios para los dos países, si se adopta el dialogo respetuoso como camino. Ello no ignora que se pudieran acentuar los desencuentros en foros internacionales, en cuestiones como derechos humanos y sistemas políticos, pero como ha sido hasta ahora, ello puede ser una línea de política o carril, complementado con la de mayor acercamiento o compromiso (*engagement*) en la política estadounidense.

En rigor, el futuro de Cuba y el desarrollo de su propio modelo socioeconómico y político, libre e independiente, con un socialismo próspero y sostenible, no depende del arribo a la presidencia de los Estados Unidos de uno u otro gobierno, sino de sus propios esfuerzos. La continuidad de la Revolución cubana ha sido confirmada por el respaldo masivo del pueblo cubano, y en especial del sector juvenil luego del fallecimiento de su líder histórico, Fidel Castro, el 25 de diciembre de 2016.

En realidad, el ajuste de la política estadounidense hacia Cuba ha sido el resultado de los éxitos y el avance en la construcción del modelo de desarrollo cubano. Ello no desconoce que constituye un objetivo de la política exterior cubana lograr avanzar hacia un proceso de normalización de sus relaciones con los Estados Unidos y lograr una convivencia civilizada con respeto por las diferencias y beneficio para ambos países y pueblos.

En la Cumbre del Foro de Cooperación Asia-Pacífico (APEC) el presidente Obama hizo una llamado a no juzgar de manera anticipada a Trump (reconociendo en sus palabras las diferencias entre el populismo de las campañas y la vida real). Sin embargo, ello no logra por ahora aliviar preocupaciones que se expresan dentro y fuera de los Estados Unidos.

Es por ello que no puede descartarse se mantengan las tensiones con China en el mar meridional y con Corea del Norte. Los tratados de libre comercio de tipo megarregional como el Alianza Transpacífico (TPP) y sobre todo la Asociación Transatlántica sobre Comercio e Inversiones (TTIP) tienen un futuro todavía incierto, sobre todo el TTIP debido a las divisiones y reservas que existe sobre el mismo dentro de la Unión Europea (UE), lo que no supone ni mucho menos la degradación de las relaciones entre los Estados Unidos y la UE. En el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y otros tratados de ese tipo pareciera ser lo más probable su permanencia, aunque la continuidad de los mismos sean sometido a tensiones, que pongan en juego algunas de las aspiraciones iniciales y podrían incluso someterse a renegociación.

En este aspecto, aunque se haya expresado una ruptura respecto a las políticas impulsadas por la contrarrevolución conservadora iniciada por el gobierno de Ronald Reagan en 1981 sobre libre comercio, inversiones, globalización neoliberal e integración en esos términos, las mismas no deben desaparecer por razones estructurales del modo actual de funcionamiento de la

economía global. No se olvide que de modo general, la tendencia a la continuidad en la política estadounidense es dominante, y lo nuevo, aunque exista, debe acomodarse a los desarrollos contemporáneos del capitalismo a escala global, más allá de los Estados Unidos. Por ello, no se trata de aislacionismo, proteccionismo a ultranza, --términos que reaparecen ahora-- sino un ajuste en esos ámbitos de las proyecciones, en vez de mutaciones radicales.

En resumen, el futuro de la política estadounidense está sujeto a continuidad y cambios, y aunque se presentan algunos indicios, todavía es muy pronto para distinguir con precisión las claves de su política interna y los vectores resultantes de su proyección externa. Luego de su toma de posesión el 20 de enero de 2017, sus primeras medidas legales y en política exterior, sus pasos dirigidos a la formación de su equipo, que reflejan un predominio de figuras del mundo financiero muy conservadores, de diversos tropiezos que tuvo, de su confrontación con los medios de prensa y de cierto activismo internacional, es posible identificar elementos de pragmatismo, junto a un intento de mantener cierta coherencia con su retórica de campaña, y a un ajuste de sus declaraciones con la realidad económica, política y social interna y global. Como parte del contexto, no podría descartarse el posible estallido de una nueva crisis económica y financiera, o incluso un ataque terrorista de gran significación. Nada de eso se conoce hasta ahora con certeza. Las decisiones que adopte durante los primeros 100 días en la Presidencia, reflejarán al menos las líneas principales de lo que podría ser la política de

los Estados Unidos durante la primera etapa del gobierno de Trump.

BIBLIOGRAFÍA

- Dodd, Maureen: “When Hillary and Donald Were Friends. The story of their transactional relationship offers a window on rarefied New York”, *The New York Times*, November 6, 2016, en: <http://www.nytimes.com/2016/11/06/magazine/when-hillary-and-donald-were-friends.html>
- Executive Office of the President: Economic Report of the President. The Annual Report of the Council of Economic Advisers. G.P.O., Washington D.C., February 22, 2016, p. 413.
- Haass, Richard: “America After the Presidential Election”, Commentary, en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/america-after-presidential-election-by-richard-n-haass-2016-10>
- Huntington, Samuel P.: ¿Quiénes somos? *Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. PAIDÓS. México, 2004, p. 62 – 65.
- Kegley Jr, Charles W.; Eugene R. Wittkopf. “Governmental Sources of American Foreign Policy” Part V, Chapter 10, *American Foreign Policy*, St. Martin´s Press, New York, 1996, pp. 338-377.

- Klaas, Brian: “Another Bipartisan Tenet of U.S. Foreign Policy Bites the Dust”, *Foreign Policy*, November 2, 2016, en: <http://foreignpolicy.com/2016/11/02/another-bipartisan-tenet-of-u-s-foreign-policy-bites-the-dust-trump-clinton-election/>
- Krugman, Paul. “Nuestro país desconocido”, *The New York Times*. Noviembre 8, 2016: <http://www.nytimes.com/es/2016/11/08/nuestro-pais-desconocido/>
- Miller, John J.: “Gary Johnson Asks You to Google Him”, *National Review*, June 13, 2016, pp. 32 – 34.
- Trump, Donald: “Donald Trump’s New York Times Interview: Full Transcript.” *The New York Times*. November 23, 2016. <http://www.nytimes.com/2016/11/23/us/politics/trump-new-york-times-interview-transcript.htm/>
- Moore, Michael: *¿Qué han hecho con mi país?*, Ediciones B, Barcelona, 2004, p. 207.
- Pogolotti, Graziella: “Cultura y política”, *Granma*, La Habana, lunes 21 de noviembre de 2016, p. 3.
- Sánchez-Parodi Montoto, Ramón: “Elecciones en Estados Unidos. Una mirada a los números”, *Granma*, La Habana, viernes 11 de noviembre de 2016, p. 8.
- Sassen, Saskia: *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, New Jersey, 1991, p. 389.
- Stiglitz, Joseph E. *The Price of Inequality. How Today’s Divided Society Endangers Our Future*. W.W. Norton & Company, New York, 2012.
- Sullivan, Maureen: “Por qué voté por Trump”, *The New York Times*, 8 de noviembre, 2016, en: <http://www.nytimes.com/es/2016/11/08/por-que-vote-por-trump/>
- Walt, Stephen M.: “Will America’s Good Name Survive the 2016 Election?” *Foreign Policy*, November 4, 2016: <http://foreignpolicy.com/2016/11/04/will-americas-image-survive-the-2016-election-trump-clinton/>